

Aquí estoy, sentado al fondo del salón. Casi echado. Tamborileando con dos lapiceros sobre la carpeta. La pizarra está llena de ecuaciones interminables que para mí no tienen otro sentido que el de fregarlo todo. Miro mi reloj, estoy impaciente, después toca Educación Física.

—¿Cuánto falta? —pregunta Julio César Rodríguez desde la carpeta de al lado, mientras resuelve rápido un ejercicio.

—Diez minutos —respondo. La rodilla me rebota ansiosa sobre el talón.

—¡Ya terminé! ¡Miss! ¡Miss! —Julio César Rodríguez agita el flaquísimo brazo en el aire—. ¡Ya terminé! ¡Aquí! ¡Aquí!

—¡Sobón! ¡Chupamedia! —murmuro haciéndome el que escribo.

—No es eso, Valdivia, estos puntos de bonificación valen oro. Cuatro puntitos más y me exonero de la quinta nota.

—¡Tonterías, eres un sobón!

—A ver, Rodríguez, sal a la pizarra —dice Miss Genoveva Otayza, talareña orgullosa, criollísima y dicharachera, más parece anticuchera que profesora de matemática.

—Cómo no, Miss, cómo no —Julio César Rodríguez avanza presuroso a la pizarra. El cuerpecito enclenque, la cabeza enorme, el pelo duro y terco bien al rape. Solo mirarlo da risa.

—¿A ver, Valdivia, cuál es el chiste? —Miss Genoveva Otayza me incrusta los ojos y tras ella el salón entero. Menos Rodríguez, que continúa copiando en la pizarra.

—No, ninguno —respondo.

—¿Cómo que ninguno? —Miss Genoveva Otayza se saca los lentes y los pone sobre la mesa—. Entonces estás loquito, te ríes del aire.

Silencio, murmullos, una que otra risa.

—Estoy esperando.

—Me estaba acordando de algo personal —respondo.

—Mira, Valdivia, tú a mí no me vas a hacer cholita. Yo soy de Talara y cuando estás de ida, yo estoy de vuelta. Yo sé que tú te sientes vivo, bacán, pero yo soy más viva que tú, entiendes.

(¡Vieja estúpida! Debería mandarte al diablo y decirte un par de cosas que hace tiempo quiero decirte, pienso y la miro de frente, altanero).

—¿Me entiendes, Valdivia? —y ¡plaf! azota la mano sobre el escritorio.

—Sí.

—¿Perdón?

—Sí, Miss —contesto (¡Hijeputa!, pienso).

—Ya, Miss —interrumpe, acertada, pero involuntariamente, Julio César Rodríguez—, ya terminé.

—Bien. Vamos a revisarlo —Miss Genoveva Otayza se pone los lentes—. Ustedes corrijan en sus cuadernos. Valdivia, quiero verte trabajar.

Abro mi cuaderno en cualquier parte y copio sin prestar atención: dibujo un cinco enorme, un nueve pequeñito, un cero chato y alargado, un signo positivo que estira uno de sus extremos ondulante por toda la página. Miro mi reloj: 9:45 am. Cierro el cuaderno con el lapicero adentro.

—Eres un vago —susurra María del Pilar Pinto, vicepresidenta del consejo estudiantil.

Volteo y, como siempre, me estrello con la nariz enorme y con esos lentes de poto de botella, que dejan ver al fondo un pequeño par de ojitos inquisidores:

—A ver, María, explícame —pongo mi mano sobre la suya—, ¿por qué me tratas así?

—Ay, Mateo, no empieces, pues —quita la temblorosa mano.

—No, en serio, María, ¿por qué me tratas así si yo te quiero tanto?

—Le voy a decir a la Miss.

—No pues, María —le vuelvo a coger la mano ahora sudorosa.

—¡Miss! —levanta la voz amenazante.

—Ya, ya, ya. No te molestes.

Me volteo. Julio César Rodríguez regresa a su lugar con el punto de bonificación colgándole de la cara.

—¿Cuánto falta? —me pregunta.

—Nada, ahorita toca.

Suena el timbre, estridente, corrosivo, pero musical y dulce para muchachos que, como yo, no entienden por qué diablos se tiene que estudiar matemática en el colegio. Rodríguez guarda una a una el millón de cosas que inundan su carpeta. Yo guardo el cuaderno en la mochila y llego agilísimo a la puerta junto con Miss Genoveva Otayza.

—¡Ay, Valdivia! ¡Valdivia! Siempre el más flojo queriendo salir primero. A ver Valdivia, ¿qué se puede hacer contigo?

—Nada, Miss, nada —respondo (¡Nada, conchetumare!, pienso).

Atravieso el vano de la puerta, doy tres pasos y emprendo la carrera. Corro a través del pasillo repleto de muchachos, de muchachas, de sus tristes uniformes grises. Corro, me imagino que huyo, que escapo de este lugar. Corro, esquivo zigzagueante a los que se cruzan en mi camino. Corro, me siento Murdock escapando del manicomio o como en *Telma & Louise* huyendo eternamente, atropellando la vida en un convertible hasta la muerte. Corro, volteo, vienen los loqueros, los policías, corro.

Aumento la velocidad, fuerzo los muslos que ya empiezan a fatigarse. Llego a las escaleras, me agarro del pasamanos para cerrar la curva y bajo de tres trancos. Salgo al patio y llego a los vestidores. Agitado apoyo la espalda en la pared.

—¡El que llega último es un chivo! —grita Diego Pardo que llega casi chocando conmigo—. ¡Sin contra sin nada!

Tras él llegan los demás, gritando, riendo, sudando. Al último llega Julio César Rodríguez.

—¡Chivo! —le grita Diego Pardo.

Risas.

—Rodríguez —susurro y le paso el brazo por la cintura—, ¡hazme el favorcito pe'!

Risa general.

—Tiene buen pote, ¿no? —Ricardo Santillán, el lorna de la promoción, trata de hacerse el vivo.

—¡No tanto como el de tu vieja! —responde Rodríguez.

Risa generalísima.

Así entramos a los vestidores, donde, como siempre, están los de quinto que han tenido física las dos primeras horas. Adentro, todo es movimiento, risotada, griterío. Adolescentes desnudos en el baño del colegio, desenfreno. Eduardo Jaramillo, de quinto, se para en una banca calato y se pone a bailar una chicha mismo Chapulín el Dulce. Nos acomodamos como se puede. Una zapatilla certera surca el aire y cae sobre la cabeza de Ricardo Santillán que, lornísima y descoordinado completo,

se soba y ríe con cara de baboso. Rodríguez, distraído por las carcajadas, se acomoda como puede sobre una banca. En los lavatorios, los de quinto se asean. Huele a sudor, a humedad, a hormonas. Un tibio vapor invade el ambiente.

—¿Dónde está mi camisa, carajo?! —grita de improviso el Chino Chung, el bacancito de quinto—. Jaramillo, ¿dónde chuchestá mi camisa?!

El barullo cesa, cambia por un murmullo inquietante, morboso.

—No sé, Chino. Te juro que no sé nada —se limpia Jaramillo.

Julio César Rodríguez, sentado al costado de las cosas del Chino, quiere desaparecer. Está demasiado cerca.

—¿Dónde está mi camisa, huevón?! —el Chino increpa al pobre Rodríguez.

—Yo no la he visto, Chung. De verdacito. Busca bien entre tus cosas.

—La dejé aquí, sobre la banca, ¡y no está!

—De veras, Chung —Rodríguez se pone de pie para mostrar su inocencia—, cuando llegué ya no estaba. Mira —voltea y casi muere cuando ve la camisa del Chino Chung arrugadísima y tibia sobre su lugar.

—¡Conchetumare! ¡Mira lo que le has hecho! —el Chino hace un gesto con el brazo, como si quisiera golpearlo.

—Discúlpame Chung, por favor —suplica Rodríguez—, no fue a propósito, te lo juro.